



598f60

La Nación Lunes 6 de Noviembre de 2000 P.29 **Espectáculos**

El dramaturgo Aldo Droguett analiza la extraña relación actor-espectador

La doble representación

Al asistir actores y espectadores a lo que se llama una función teatral (cumpliendo aparentemente distintos roles) los dos individuos en cuestión siempre desean participar. Aquella intervención puede variar según el lugar donde se ubique el receptor (entendiendo que en el teatro siempre serán más los receptores que los emisores).

Ejemplifiquemos esta situación con un monólogo en donde el personaje está narrando sucesos externos y el actor que lo interpreta sabe que en el lugar de la sala donde las luces no llegan hay individuos atento a compartir con él la fantasía poética que se logra al mirar un espectáculo. Este ejercicio es recíproco, el espectador también espera una respuesta ya sea consciente o inconsciente de parte del actor que se transforma ahora para este último en el actor del actor.

Desde esta perspectiva, los roles en que se diferencian? ¿Quién es el recipiente que recibe el caudal de información? ¿Es sólo el público?

Desde los ojos del actor cuya mirada atraviesa la sala y se pierde entre las sombras de la concurrencia trazando por sobre nuestras cabezas una línea imposible de evitar, un diálogo. El sabe que estas miradas rompen descaradamente con el pacto de honor de guardar la identidad de nosotros los espectadores, y vemos que el actor nos observa y nos incorpora atándonos con su voz, con su expresión a la representación y, por ende, espera una respuesta. La cual obtendrá. Ahora somos nosotros, el público, los que estamos actuando, exhibiéndonos de forma impúdica frente a los que hace poco tiempo eran los actores.

Sin movernos de nuestra butaca asignada pasamos nuestra mirada que ansiosa está por capturarlo todo. El cuerpo hémico y sorprendido de nuestro habitual espectador. Nos encontramos cara a cara.

La escena ha cambiado. La apariencia simple y convencional que ubica a los dos grupos divididos por el proscenio que pone la frontera virtual ha desaparecido, las miradas se superponen.

Todo esto crea en el actor una incertidumbre, necesita oscurecer esa línea que ha producido tal confusión, que todo vuelva a ser como se lo enseñaron en su primer año de escuela: el actor es el que actúa y el espectador es el que mira. Para él (actor), nos hemos ubicado en el lugar del objeto de deseo. Donde antes, nosotros los espectadores éramos una afiadura, ahora nos transformamos en la pregunta y la respuesta.

Somos perseguidos por una sola mirada, soy prisionero de mi prisionero.

La representación única se ha anulado, la labor de cada uno se ha juxtapuesto, los contenidos ya no están en el texto literal, sino más bien en la escena inesperada cuyo libreto se escribe en este minuto. Sólo queda una abertura, una puerta, que nos ubica como protagonistas y a los que están en el escenario como un visitante lejano y circunstancial.

En esta rara y particular ceremonia lo invisible ya no lo es. En ella se han depositado los signos más conservadores de la piazascatral que es la relación del actor y el público. Pero esta correspondencia ha quedado interrumpida porque este laberinto teatral se ha convertido en sí mismo en el espectáculo.

Entre la ficción que propone el teatro, esta situación es la más ficticia, todos nos representamos a todos y a la vez a nosotros mismos; somos soberanos y lacayos a la vez. Dependiendo del lugar de donde se mire.

El juego consiste en poner a uno en el lugar del otro con el fin de perturbar el reflejo de la escena (reflejo en el que mira y en el que actúa).

Quizá en esta obra se manifiestan las infinitas y múltiples lecturas que se encuentran en una gala, en donde los espectadores intervienen la escena enseñada y aprendida por el actor. Pero a pesar de esta dispersión que recoge el encarnar el papel del otro, todo está unido a un vacío fundamental que los sujetos al cumplir el mismo personaje se invalidan en los conceptos tradicionales que los definen como intérprete y público, es por eso que encadena cambios en los vocablos y en la utilización de éstos. En efecto, lo cual, deja de manifiesto que en toda función teatral hay una doble representación.

El actor, director y dramaturgo Aldo Droguett escribe que en la ficción que propone el teatro "todos nos representamos a todos y a la vez a nosotros mismos. Somos amos y lacayos a la vez".



Un actor en acción -Vidella en la foto- comienza a proyectar una fantasía poética, pero de pronto recibe una respuesta fuerte del espectador, un personaje con el que no se contaba.

La doble representación [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La doble representación [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile